



CAPITULO XIV

Poesía.—Nacimiento é importancia de la poesía.—La poesía en Oriente.—La poesía en la India.—Los himnos védicos.—Los poemas épicos.—El Mahabarata.—El Ramayana.—Los rapsodas indios.—La poesía árabe.—Las letras de la China.—Los cantos de la Persia.—La literatura en Egipto.—La Caldea.—La poesía en Occidente.—Los vates de la Grecia.—Los poetas.—La poesía nacional.—Los rapsodas heróicos.—El cielo de la guerra de Troya.—Homero.—La Iliada y la Odisea.—Hesiodo.—Otros poetas.—El ditirambo y la sátira, Arquiloco.—Resúmen.—Caracteres generales de este periodo.—Destinos de la verdad y progresos del error.—La verdad salvada por Israel.—Genio de los profetas.—Conclusion.

Un nuevo campo se ofrece á nuestra consideracion.

Hasta el presente, el espíritu del hombre no se ha ocupado más que en los doctrinales y religiosos; es preciso, sin embargo, seguirle en lo que nosotros podremos llamar sus creaciones. La poesía nace de la religion, y esta primera obra entre las intelectuales merece fijar nuestra atencion. Por otra parte, es un progreso, ó al ménos un poder auxiliar del error en estos remotos tiempos.

El hombre adoró los dioses que se forjó. Ha analizado la naturaleza de estos dioses y la suya propia; va á cantar los atributos de la Divinidad y los del hombre. Pero, si ya el culto ha despreciado las verdades primitivas, si la filosofía despues ha destruido las tradiciones que habian sobrevivido, ¿qué será, pues, de las nociones y las altas enseñanzas cuando sean abandonadas á la imaginacion? En sus halagüeñas locuras, ella contribuirá más que todo á confundir los recuerdos y á encubrir los restos de la verdad bajo el gracioso velo de sus fábulas y bajo las en gañadoras imágenes de sus brillantes narraciones.

Aun en esto permanecerá fiel el Oriente á su carácter.

Muchos siglos han sido necesarios para que se establecieran las castas sacerdotales y las escuelas filosóficas; la poesía no es para él otra cosa que una nueva trasformacion del espíritu del error.

Los que no tienen las pompas del culto ni

creen las fábulas de los sacerdotes, no podrán rehusar los armoniosos cantos de los poetas. La multitud les oirá con más gusto que á los sábios y á los filósofos, y será para el pueblo el vehículo más poderoso para la propagacion de los funestos sistemas que han adoptado ya las clases elevadas. Además, en Asia la poesía está consagrada exclusivamente á los dioses y á sus intereses; órgano de los dogmas religiosos y de las opiniones humanas, sale de los templos como la filosofía, y jamás se separa de ellos.

Allí ha habido sacerdotes profetas, sacerdotes sábios y discretos, y los habrá cantores y bardos; pero esta triple clase no será ménos pérfida que las otras: sistemas teológicos, ideas sofisticas, mitos y tradiciones, todo lo reproducirá. El fondo no le pertenece, y si solo la parte de adorno y de seduccion, las pinturas brillantes de la naturaleza y de las pasiones, las voluptuosas descripciones y todo el cortejo seductor de las gracias y de los placeres del espíritu. Del mismo modo que la divina *Apsara*, el poeta toma su lira de oro, y el cielo y la tierra enmudecen para escuchar sus acentos; en su armonía hay algo que hace sentir dulce emociion y entusiasmo; pero sus cuerdas no vibran más que en nombre del celeste Hindra, y si la humanidad une á sus armonías las narraciones del cielo, lo hace con el fin de glorificar el poder de las deidades supremas.

Tal es lo que la India ha realizado antes que ninguna region del Asia.

Conviene advertir que en este afortunado país todo se prestaba maravillosamente al desarrollo de la poesía. Bajo un cielo de delicias, en medio de una vida dulce y sencilla, el alma, exaltada por la contemplacion religiosa, se dejaba llevar de una suave melancolía, en la que se complacia en extraviarse el espíritu indolente y meditabundo del Oriente. La naturaleza, pródiga en sus dones, cubre la tierra de flores, esparce en la atmósfera sus embriagadores perfumes; el dia tiene una luz brillante, la noche una oscuridad tranquila y apacible, toda embalsamada con delicados aromas. Hay en el aire como una emanacion de esta divina *Amrita*, ligera ambrosia que embriaga á los mortales. Y toda esta risueña naturaleza está poblada de encantadoras creaciones. Los *yakshas* suspiran en el follaje ó se balancean en los aires. *Madhava* brilla en la estrella de la mañana; su ojo sonríe como el lirio de las aguas. Las nubes mismas escuchan la oracion del *Hindu*; á su voz descienden, y rápidas mensajeras, llevan sobre sus alas sus votos y sus deseos.

¿Cómo no habia de nacer la poesía bajo tales influencias? Es dulce como el néctar, y uno de los dos frutos que están suspendidos todavía del árbol del mundo, de este árbol plantado por los dioses.

La poesía es, pues, hija del cielo, y el himno su primer canto. Su gratitud la hace prorrumpir en cantos magníficos; celebra á la divinidad, los atributos y las alianzas de los seres celestiales, sin sospechar que ella es la más activa propagacion del error que profesa.

Despues se complace en referir los hechos de los héroes, hijos de los dioses y de los astros, los cuales frecuentemente no son otra cosa que encarnaciones de las divinidades superiores. Tal es el fondo de los grandes poemas, monumentos magníficos, levantados en honor de los primeros príncipes ó de los primeros dioses de la India. Por otra parte, la poesía se detiene siempre en el altar y se resiente de su origen; así es que en todo aparece sacerdotal, ceremoniosa, filosófica. En sus dos grandes producciones, el *Mahabarata* y el *Ramayana*, mezcla las tradiciones religiosas y científicas con los re-

cuerdos de la historia y las maravillas de la fábula (1).

La historia del gran Bharata, la fundacion de su imperio, las guerras de sus descendientes ocupan muchas y bellas páginas del *Mahabarata*. La filosofía contemplativa tiene en él un largo espacio. *Khrisna*, el sábio por excelencia, y que es Vishnu mismo encarnado, combate al lado de *Ardjuna* y le ayuda á reconquistar su trono usurpado. Toma asiento en el carro del príncipe, está en el campo de batalla á sus costados, los ejércitos van á venir á las manos. *Ardjuna* deja vagar su vista sobre todos los seres que van á perecer por su causa, sobre los príncipes de su familia que están en las filas enemigas y que él va á dar muerte. Al dirigir esta mirada exclama: «Mis miembros desfallecen, mi pálida frente se contrae, el temor y el horror hacen temblar mi cuerpo y erizar mis cabellos. Mi alma vacila. No; aun por el imperio del triple Universo, no puedo resolverme á esta horrible carnicería. ¡Quién me diera ser ya victima de los *dhritarashtridas*! Mejor hubiera querido perecer bajo sus brazos armados con agudos dardos. ¡De dónde te viene esta súbita debilidad en el momento decisivo, este abatimiento indigno de un gran valor y enemigo de toda gloria, ¡oh *Ardjuna*!» respondió el dios. Y para reanimar el valor de su discípulo, le dirige un largo y poético discurso, en donde se desenvuelven las teorías del panteísmo, mezcladas á veces de sublimes verdades. «La muerte no es más que una palabra, dice Krishna, y es indiferente para el sábio.» No hay más vida que la del alma, y el alma no debe existir sino para absorberse en Brahma; «porque la muerte se tiene siempre junto á la cuna, y el renacimiento en la tumba.» Y acabó por descubrirse á su amigo «en su forma luminosa, infinita, primitiva, abarcándolo todo, y á quien ningun sér habia todavía contemplado.» *Ardjuna* le admira, «llenando todo

(1) Véase para esta parte el *Rig-Veda*, coleccion de los himnos védicos, por M. Langlois; los *Estudios* de M. Neve, sobre el Mahabharata; Max Müller, *A history of ancient sanskrit literature*; las *Flores de la India*, por el baron Guérrier de Dumast; *La Mujer en la India antigua*, por Mlle. Bader, etc.



el espacio desde las bóvedas del más alto cielo hasta las últimas profundidades de los abismos, agitando millones de cabezas, ojos y brazos, desplegando toda la infinidad de formas divinas, en medio de las cuales los universos brillan en su esplendor, así como todos los dioses.» «Y todo esto, dice Krishna, no forma más que un solo sér, y este sér soy yo; todo está dentro de mi cuerpo como una sola cosa, y en mí viven eternos y sin principio el espíritu y la materia (1).

Es la más elevada expresión de la filosofía de estas antigüedades; encuéntrase en ella la mano y el genio de los brahmanes.

En el *Ramayana* dominará más la tradición; los episodios serán más numerosos y en cierta manera más humanos. El gran conquistador y el fundador del imperio de la India, aquel cuyo reinado fué como *la expansión del loto sobre las ondas*, es el héroe del poema. Nueve perlas componían el collar de gloria del rey de Ayodhia; estas perlas eran nueve poetas que debían ilustrar su nombre en el porvenir; entre todos, la poesía, según la expresión sanscrita, «la poesía, hija amable de Valmiki, eligió á Kalidasa por esposo; y las gracias nacidas de su sonrisa esparcieron una lluvia de flores sobre inmortal himeneo» (2).

Y entonces, reproduciendo la obra de Valmiki, Kalidasa cantó el maravilloso nacimiento, las hazañas y toda la vida de Ramah.

El rey Dhasaratha conjuró á los dioses por medio de un augusto sacrificio cuyos ritos le enseñó un sábio, Muni, y al año siguiente fué padre de cuatro hijos. Vishnu mismo no se desdennó encarnar en uno de ellos, el glorioso Ramah. El joven dios no tardó en dar á conocer su brazo. Seguido de su querido hermano Lakshmana, va á combatir al más temible de los gigantes; la victoria le corona, y toma por esposa á la bella Sita. Pero el destino le persigue;

(1) *Bhagavat-Geeta*, traducido por M. A. de Schlegel. Véase también la Memoria de M. de Humboldt á la Academia de Berlín, y los *Anales de Filosofía cristiana*.

(2) *Del Asia*, por Mme. de C., t. II, según W. Carey, J. Malcolm, M. de Chezy, W. Jones, etc. Véase el *Ramayana* de Fauche; el sábio indianista tiene también una traducción del *Mahabharata*. Gorresio ha traducido el *Ramayana* al italiano.

es desterrado. Sita es arrebatada, y el terrible Rhavana la guarda en la fortaleza de Lanka. Sin embargo, el cielo protege al héroe; los celestes espíritus producen la raza terrible y guerrera de los singas; y su rey, Hanuman, el amigo más fiel y el más bravo general, ayuda á Ramah, que mata, en fin, al gigante, y que, después de catorce años de trabajos y de gloria, vuelve con Sita, rescatada, á ocupar el trono de Ayodhia.

Todas las tradiciones se reflejan en el *Ramayana*, cuyas partes han sido inspiradas por Brahma. Nada hay en él, incluso el ritmo, que no haya sido prescrito por este dios. En él se encuentra el origen de todos los espíritus celestes, buenos y benignos, que pueblan la tierra y emanan del soplo de un poder superior. La contemplación de la sustancia divina, el poder y la omniscencia, que es la consecuencia de ella, la preeminencia de los brahmanes, la eficacia de los sacrificios y de las ceremonias, todo se encuentra en él representado. Nótese también una costumbre extraña, esencial á la raza jafética, y que los germanos, los últimos de los arya que vinieron á Europa, trajeron al Occidente asombrado. Esta costumbre es la *Ordalia*, juicio de Dios. Sita, esposa del héroe, no pudo permanecer esclava del gigante de Lanka, sin verse expuesta á calumniosas sospechas; sufrió la prueba del fuego; una lluvia de flores cae sobre la hoguera, y las celestiales criaturas tributan, con las más dulces armonías, homenaje á la pureza de la bella reina.

La narración está sembrada de graciosos ó magníficos episodios. Unas veces describiendo el combate de *Lakshmana* y del hijo de Rhavana: los dioses mismos dirigen la flecha del joven guerrero, y todo el ejército suspende sus golpes y se detiene á contemplar el duelo de los dos héroes; ó bien las nupcias de Sita, en las que el pretendiente debe, para obtener la doncella, doblar el terrible arco de *Januka*; ó en fin, la conmovedora historia de la muerte de un joven *yogi*, y los desgarradores lamentos que sus ancianos y ciegos parientes hacen oír sobre su cadáver (1).

(1) Este episodio ha sido traducido con verdadero encanto por M. de Dumast, en las *Flores de la India*.



Majestuosa y elevada, sublime algunas veces, siempre rica y cadenciosa, tal es la poesía de estos antiguos cantos, dignos de ser *contados á continuación de los Vedas*, y cuya recitación obtiene al lector atento *el favor de ser igual á los dioses*.

Los fieles discípulos de Valmiki marcharon, pues, de ciudad en ciudad á las grandes asambleas de sabios contando estos maravillosos dísticos, «slocos.» La India de los antiguos tiempos les recibía con alabanzas, les colmaba de presentes, esperando su eterna beatificación, y la Europa moderna paga también el tributo de sus admiraciones á las páginas dignas de formar paralelo con todo lo que el genio humano pudo producir más sublime bajo el venturoso cielo de la Grecia y de la Italia.

Es también esta época la más brillante de la literatura de la India. El Oriente, el maestro del género humano, tiene entonces el cetro, y le entrega en manos de la India; ella le conserva como reina majestuosa y arrogante, ante la cual todo poder asiático debe doblar la rodilla humildemente, porque en derredor de ella todo enmudece y queda en la oscuridad.

La Arabia escucha en el desierto el cántico del beduino que celebra la expedición de su tribu, ó llora su yegua; el voluptuoso himiriató canta el amor, los perfumes y las flores; pero es una poesía enteramente local y egoísta, si nos es lícito así expresarnos, y de la que no ha llegado hasta nosotros monumento alguno capital.

La China, á pesar de todo el aparato de sus pequeños reinos y de sus tribunales históricos y la clase de sus letrados, apenas puede contar algunas sátiras ó algunas diatribas populares, ó serviles anales, que pasaron también por las manos de Kong-Fu-Tseu, y que se encuentran esparcidos en el Chuking. No hay en ellos ni composición ni arte.

La Persia, muy ocupada en sus guerras y en sus conquistas, no tenía más filosofía que literatura: himnos á los dioses, cánticos populares á los reyes y á los héroes, en particular al famoso Rustem, es todo lo que ella podría citar en esta época.

El Egipto, en su profundo valle, carece de

poesía, y fuera de algunos versos en honor de las Triadas, algunos enfáticos cánticos de victoria como los del grámmata Pen-ta-un, algunas lecciones como las de sus escribas, ó quizás romance como el de los *Dos hermanos* (1), nada notable existe.

Raza dura é intratable, todo en ella es sério, sombrío y matemático. El medio, por otra parte, de entregarse á los trabajos del espíritu en tal estado, al lado de cuidados incesantes, y obligados por la vida material, cuando una mitad del año la pasan esperando, calculando, dirigiendo y sufriendo una inundación, y la otra la emplean en recolectar lo que el suelo fertilizado produce con profusión; en una tierra en la que nada hay estable, en que las propiedades tienen que ser medidas todos los años, en que la vegetación es toda la base y en que el alma no sufre emoción por ninguna de las escenas de la naturaleza, y sobre todo, en que la existencia social é individual es nula y se halla encerrada en un círculo de hierro, no extraña la material postración del Egipto.

No podremos tampoco pedir á Caldea obras de literatura. Si el lujo, las ciencias y la corrupción no absorbieron todos sus instantes; si los sabios (y en esto hay grandes probabilidades) confundían á veces las obras de la poesía con los acordes de los instrumentos, y encantaban con sus relaciones los festines de los reyes y las solemnidades de los dioses, todas estas producciones estuvieron envueltas en la ruina y en la desolación predicha por el profeta, su recuerdo no pudo llegar á las edades posteriores. Había, sin embargo, anales históricos; Sardanápalo se gloria de ser el rey del mundo, á quien el Dios Nebo y la diosa de la Instrucción dieron oídos para oír y ojos para ver lo que constituye la base del gobierno. «Estos dioses, añade él, revelaron á los reyes mis predecesores esta escritura cuneiforme. La manifestación del Dios Nebo..... del dios de la inteligencia suprema, la escribí yo sobre tablas, la firmé, la ordené y coloqué

(1) Véanse los trabajos de M. Rougé sobre esta literatura.



en medio de mi palacio para instruccion de mis súbditos (1).

No obstante, la corte de los reyes, en la que profetizaba Daniel, no debía ser insensible á los esplendores de la poesía.

La India permanece, pues, á la cabeza de la literatura oriental, y su genio triunfante brilla con grande esplendor.

El Occidente va á comenzar tambien su vuelo. Sus primeros ensayos descubrirán bien pronto cuál será su poder.

La poesía nació tambien de la religion; pero el resultado fué muy otro que en Oriente. Mientras que en Asia hemos visto las más grandes composiciones hacer cortejo con el culto, celebrar sus dogmas, reflejar sus creencias é inspirarse al fin en el santuario y hablar despues de él en Grecia, al contrario, la religion no tardará en acomodarse á la poesía que ella creó. Los poetas son los que crean los dioses. A ellos, á su imaginacion ó á sus recuerdos, serán debidas todas las fábulas, todas las historias de los dioses, todas las asociaciones y las falsificaciones del culto; en una palabra, la Grecia tiene *teogonías*. El hombre refiere la divinidad y el pueblo entero, grandes y pequeños, creará en su palabra. En Oriente sucede lo opuesto: el hombre se oculta, desaparece detrás de la divinidad; el dios habla por su boca: inmensa diferencia que se observa siempre entre los dos mundos, en la ciencia, como en las letras y en las artes. ¿Qué resulta de esto? El indio que lee el *Ramazava* es purificado de todas sus faltas: el autor de este poema fué considerado en su tiempo como una encarnacion de la divinidad conservadora. La Grecia no tuvo por la *Iliada* más que una estéril admiracion, y si en el trascurso de los tiempos levantó altares á su autor inmortal, durante su vida el anciano de Chio estaba reducido á mendigar por las ciudades de la Hélade, que escuchaban por un bocado de pan los acentos de su lira.

Los cantores sagrados habian sido los primeros sábios de la Europa; su voz resonó an-

(1) Esta inscripcion fué leida en los ladrillos del museo Británico, por M. Layarde.

tes de las demás sobre esta tierra, despues tan fecunda en prodigios del espíritu; ellos fueron sus primeros intérpretes.

Se habia creado y ofrecido un premio en el templo de Delfos desde su fundacion, para aquel que compusiera el mejor himno en honor del dios. Este era un medio de perpetuar las tradiciones poéticas, creando la emulacion y recompensando el talento; esto era favorecer tambien el desarrollo de las ideas religiosas, cuyo foco era el templo de Apolo.

Pronto los bardos de la Grecia adquieren una alta reputacion y una grande influencia; los cánticos con que celebraban las alabanzas de los dioses tomaron por texto las virtudes y valor de los mortales. Despues estos hombres privilegiados que conocian los secretos del nacimiento y de la historia de los dioses, se hicieron los intérpretes de sus voluntades. Los «vates» en el delirio que inspiraba la divinidad protectora, vinieron á desarrollar á su vista los destinos de los pueblos y de los reyes.

Esta palabra profética tomó bien pronto vuelo: Amphiaraos, leia en los sueños el porvenir de los mortales y predecia la ruina de Tebas y su propia muerte. Tiresias y su hija Manto, queridas de Apolo, le tributaban frecuentes oráculos, y el divino Calchas, haciendo hablar á los dioses, arrancaba al rey de los reyes la sentencia de muerte de su hija.

Hasta aquí la poesía estuvo íntimamente ligada con la religion; ella sirvió de expresion á sus dogmas: una nueva era va abrirse á su vista. En vez de quedar exclusivamente apegada al santuario, va á tomar nuevo vuelo la poesía. Hija del cielo, desciende del Olimpo y va á cantar las pasiones y los destinos del hombre, así como celebró los dioses y reveló sus designios. Pero el cantor va á decrecer en su influencia; no dirigirá los destinos de la nacion. Phemios puede todavía aspirar en Itaca á la mano de Penélope, Demódneo á recibir los homenajes de la isla de los feacios; cada príncipe de la Hélade cuenta con un bardo en su corte, y el convidado del rey no puede hablar ya en calidad de maestro. Los feroces dorios invadieron la Grecia y la cubren con sus ruinas; pero las galeras de los jonios dan asilo á las graciosas



diosas del Pindo, y el genio de la Grecia les guía á las encantadoras márgenes del Helesponto.

Se opera, sin embargo, entre los poetas una trasformacion; los cantores, los adivinos, los ministros sagrados se han hecho artistas, creadores, «*poietai*». Trabajan por sí propios y hánse abierto ancho campo á su imaginacion; van á celebrar á los dioses y á los hombres. Pero su lira está inspirada en un tono imponente; los mortales tienen á sus ojos proporciones heróicas; la humanidad se levanta en presencia de la divinidad, en tanto que la divinidad se rebajaba en presencia de la humanidad, y de este mútuo consorcio resulta una especie de composicion mixta, que fué la «fábula», la historia mítica de la Helenia.

Los dioses participan de las pasiones, de las debilidades, de los vergonzosos vicios de nuestra naturaleza, y su inmortalidad no hace más que consagrar y justificar su parte, y por ende el de sus adoradores. Habia tambien entre los hombres de aquellos tiempos un cierto aire de grandeza y de nobleza, una arrogante generosidad, un gran valor que daba á todos sus actos un carácter heróico que les elevaba sobre la categoria de los mortales, ensalzándoles hasta la dignidad de *semi-dioses*.

Los grandes hechos de la historia nacional ó tradicional preocupaban á los espíritus. Entre estos hechos, la lucha memorable de la Europa y de Asia, drama magnífico en el que las poblaciones y las nacionalidades se hallaron presentes y jugaron su poder y su vida, conmovieron fuertemente las almas de sus descendientes los vencedores. El destierro mismo á que eran condenados por la conquista de los bárbaros, les hizo refugiarse en lo pasado con más suerte y más encanto.

Hay no sé qué atractivo invencible para los desgraciados y vencidos en recordar su gloria eclipsada y sus antiguos triunfos. ¡Y el hermoso cielo de la Jonia ofrecia por otra parte tantos y tan voluptuosos recuerdos; la naturaleza se presentaba allí tan risueña, tan deliciosa y tan perfumada! Hasta el aire tenia su poesía, y la brisa de la tarde sonaba armoniosamente en las cuerdas de la arpa suspendida de las ramas del laurel.

Esta fué casi una institucion sagrada de la patria, la creacion de los *Rhapsodas*, hombres de grande imaginacion, que iban por las ciudades y pueblos cantando en las fiestas y en los banquetes las expediciones de Alcides, los peligros de los argonautas, las desgracias y los crímenes de la familia de Layo y la venganza de Epígonos. ¿Cómo no hubieran sido acogidos con religioso encanto y santo respeto estos inspirados cantores de las Musas, que hablaban de la patria y de sus antepasados, y que repetian los nombres queridos de la Grecia, cuya memoria ocupa todavía los labios del moribundo? (1). ¿Cómo los pelópidas desterrados no hubieran acogido y colmado de beneficios y de elogios á los hijos de Apolo, cuya lira estaba consagrada á las expediciones de los gloriosos atridas? Religion, tradiciones, historia y patria sobre todo, tales eran las grandes ideas que despertaban estos nobles acentos, y esto es lo que hizo la gloria y el honor de los poetas de este ciclo.

A los rapsodas de la mitología sucedieron los del ciclo de Troya; cada poeta de esta escuela rivalizaba en los cánticos de los infortunados del Asia y de las victorias de Europa. Desde el rapto de Helena hasta el asesinato de Ulises por su hijo Telegon, no habia más que relaciones más ó ménos largas, más ó ménos brillantes, en que los altos hechos de los héroes, las batallas y sus diversas fortunas, la ruina de la ciudad de la Frigia, y las aventuras de todos los jefes de la Grecia se iban reproduciendo, embelleciéndolos con lo maravilloso, con la intervencion de los dioses y de las diosas, con todos los resortes de un nuevo arte, de una lengua tambien nueva, y rica á la vez. *Asios* y *Creófilos* de Samos, *Estasinos* de Chipre y *Aretinos* de Mileto, habian abierto la carrera cuando apareció en medio de todos, para resumirles y eclipsarles al mismo tiempo, el grande, el divino Homero, *Homeros*. Es como el sol que al salir y lanzarse en su carrera hace palidecer y desaparecer con sus nacientes

(1) Et dulces moriens reminiscitur Argos. (Virgilio, *Encida*.)